

"Divorcio de grupo"

Comedia en 1 acto

PERSONAJES

PSICÓLOGA

ABOGADA

JUANA

MATILDE

ELENA

ROSA

BLASA

TELVA

SARA

RUFINA

SOFÍA

AZUCENA

La abogada y la Psicóloga son mujeres más jóvenes, no más de cuarenta años, el resto de las mujeres son todas de avanzada edad, incluso jubiladas

CUADRO ÚNICO

Una sala de reuniones, con sillas para todas formando una media luna cara al público. Años 80, recién aprobada la ley del divorcio. Entran en escena la PSICÓLOGA con la ABOGADA.

PSICÓLOGA.- La verdad es que no me he visto en otra igual. No sé muy bien por dónde coger el asunto.

ABOGADA.- Si no lo sabes tu... Pero el juez ha sido muy claro. Sin esta sesión no seguiría adelante con el asunto.

PSICÓLOGA.- Vamos a repasarlo, por si he dejado algo sin anotar. *(Saca unas notas)*
La reunión es con diez mujeres que se quieren divorciar.

ABOGADA.- Eso es.

PSICÓLOGA.- ¿Todas del mismo?

ABOGADA.- No, mujer, cada una del suyo. A ver si piensas que por aquí hay algún sultán.

PSICÓLOGA.- Pero, ¿por qué vienen todas a la vez? ¿Y en qué parte de la ley trae que para divorciarse hay que ver primero a un psicólogo?

ABOGADA.- En ninguna, pero este caso es muy especial. La que menos, lleva más de veinte años casada.

PSICÓLOGA.- Claro, es que para divorciarse lo primero que hace falta es estar casada.

ABOGADA.- Quiero decir que están todas entradas en años. Vamos, que algunas vivieron la guerra.

PSICÓLOGA.- Si estaban casadas, la vivirían todas en su casa.

ABOGADA.- Hablo en serio. Alguna llevaba cincuenta años con su marido.

PSICÓLOGA.- Pero hasta ahora no había divorcio, seguro que se habrían separado antes.

ABOGADA.- Hay más. Son todas vecinas de una aldea de aquí de Siero. De hecho, todas las mujeres casadas de esa aldea.

PSICÓLOGA.- ¿Cómo que todas? ¿Qué aldea?

ABOGADA.- Es una aldea que hay entre Carbayín Alto y Carbayín Bajo. Hay diez matrimonios en esa aldea, y se separan todos a la vez.

PSICÓLOGA.- ¿Todos a la vez? ¿Y eso por qué?

ABOGADA.- Eso es lo que quiere saber el juez, y lo que tendrás que averiguar tu, que para eso cobras.

PSICÓLOGA.- ¿Y llevas tu los diez casos?

ABOGADA.- Verás, es que compré una casita en ese pueblo hace un par de años y los conozco a todos, así que cuando tomaron la decisión, todas fueran a la que conocían.

PSICÓLOGA.- Te va a salir bien el asunto, ¿eh?

ABOGADA.- No sé qué te diga. La mayor parte seguro que lo cobro en gallinas y conejos... Pero bueno, hay que mantener la vecindad.

PSICÓLOGA.- En fin, no tardarán en llegar, hemos quedado a en punto y casi es la hora. Vamos a tomar un café mientras a mi despacho y me vas contando más cosas del caso. *(Salen hablando. Entran JUANA y MATILDE)*

JUANA.- ¡Que pasemos, que van a tomar un café! ¡Ya podrían haber invitado!

MATILDE.- A mí el café me da "tapinardias".

JUANA.- Taquicardias, Matilde.

MATILDE.- Sí, de eso también. Y además me ha dicho el médico que no abusara de ello porque tengo el Elcano irritable.

JUANA.- El colon, Matilde, tienes el colon irritable.

MATILDE.- Sabía que era el que descubrió la China.

JUANA.- América.

MATILDE.- No, soy Matilde.

JUANA.- ¡Ay, calla un poco! Pues un cafelito lo habría tomado de buena gana. Y si viene con unas pastitas, mejor.

MATILDE.- Tampoco puedo comer pastas. Me ha quitado el médico las grasas porque tengo el "colostro" alto.

JUANA.- El colesterol.

MATILDE.- No, ese lo debo de tener bien. Y también tengo disparadas las "terminasas".

JUANA.- Transaminasas...

MATILDE.- ¡Deja de corregirme, rediós! ¿Vas a saber tu mejor que yo lo que me ha dicho el médico? Me dijo que tenía el "colostro" alto, les "terminasas" disparadas y la "globina" baja.

JUANA.- Mira, la "globina" esa la tienes bien, no la tienes alta como lo demás. ¿Nos sentaremos? No vaya a ser que con tantas cosas disparadas comiences a echar humo. *(Se sientan. Entran por la puerta ROSA, TELVA y BLASA)*

ROSA.- ¡La madre que lo parió! Ciento veinte pesetas por traernos en taxi aquí. Si no le llevó ni media hora. ¡Qué robo!

TELVA.- Te he dicho que lo pagamos entre todas. ¿A cuánto tocamos?

ROSA.- ¡Ciento veinte pesetas! Con eso tengo yo para hacer la compra del mes.

TELVA.- ¿Cuánto te damos por el taxi?

ROSA.- Tendríamos que haber venido en el Alsa, os lo dije. ¡Ciento veinte pesetas! Si el Alsa cuesta solo sesenta.

TELVA.- Pero, ¿quieres decirnos de una vez cuánto te damos?

ROSA.- ¿Qué os voy a pedir? ¿Os voy a robar yo también a vosotras? No soy así. Mirad, me dais las sesenta pesetas que cuesta el billete del Alsa, y arregladas, que la que quiso venir en taxi fui yo, así que apenco con lo que pagué. ¡Ciento veinte pesetas! **(TELVA le paga)**

BLASA.- No tengo suelto ahora mismo. En saliendo cambio y te lo doy. Vaya, ¿estáis vosotras ahí?

JUANA.- Aquí esperando, sin un triste café.

ROSA.- ¿En qué habéis venido? ¿También os ha timado algún taxista?

JUANA.- Nos ha traído mi hijo.

ROSA.- ¿Y cuánto os ha cobrado?

BLASA.- Calla, Rosa. ¿El que está casado con la hija de Elena?

JUANA.- Ese mismo.

BLASA.- ¿Y cómo es que Elena no ha venido cuando vosotras?

JUANA.- Eso son cosas mías. Las explicaciones a la médica y al juez.

TELVA.- Blasa, ¿no sabes que Elena y Juana no se pueden ver?

BLASA.- Si viven una frente a la otra. ¿Han puesto un muro entre las dos casas?

JUANA.- ¡Hemos puesto una gaita! A ver si nos ocupamos más de lo que hay en casa de cada una que de lo que hay en casa de las demás.

TELVA.- ¡Hija, qué agria! Vamos a sentarnos, que parece que molestamos. **(Se sientan en otro lado. Entran SARA, RUFINA y ELENA)**

RUFINA.- Luego lo amasas bien, y le echas poco a poco el vinagre, hasta que quede así bien apelmazado. Lo dejas como un día, y te digo yo que no lo hay mejor para las fresas.

SARA.- No sabes lo bien que me va a venir. No les acababa de dar con el punto.

TELVA.- ¡Ay, una receta para las fresas! Dímelas, que estoy harta de comerlas con nata.

RUFINA.- No es para las fresas.

TELVA.- Acabo de oírte decírselo a Sara. Pero, si no me la quieres dar, tan amigas.

SARA.- Te vale más seguir comiéndolas con nata.

TELVA.- Callad, callad, que es una receta secreta.

RUFINA.- Rediós, me he hartado. Coges estiércol, lo amasas bien con las mondas de las patatas...

TELVA.- ¡Para el carro! Que uno es que no quieras darme la receta y otro que te pongas faltona, ¿eh?

RUFINA.- Luego le echas el vinagre y lo dejas un día. ¡Y te sale un abono cojonudo para las fresas! ¡Eso es lo que estábamos hablando!

BLASA.- Eso te pasa por meterte en las conversaciones de las demás.

SARA.- La verdad es que el huerto de Rufina llama la atención. Da gusto verlo.

TELVA.- Le da mucho el sol.

RUFINA.- Y el abono, no os olvidéis. Es que mi hijo está estudiando para ingeniero agrónomo y me da muchos consejos.

SARA.- Era lo que nos faltaba, ingenieros para el huerto. A este paso tendremos que tener carrera hasta para barrer.

RUFINA.- Pues yo barro en mi casa todos los días, y no tengo ni la EGB.

SARA.- ¿Eso es una marca de aspiradoras?

RUFINA.- Y esta tampoco, como podéis comprobar.

MATILDE.- El mío está estudiando medicina. Siempre viene bien tener un médico en casa.

RUFINA.- No le arriendo la ganancia de aguantarte cuando saque la carrera.

JUANA.- A ver si así aprende el nombre de las enfermedades que tiene.

MATILDE.- Lo sé perfectamente. Lo que pasa que a veces las llamo por el nombre "dentrífico".

SARA.- Científico, Matilde, científico. Elena, te has callado nada más entrar aquí. ¿Qué pasa?

ELENA.- Un pestazo que hay en el ambiente (*Mirando hosca a JUANA*).

JUANA.- La primera en la frente.

SARA.- ¿Nos sentamos ahí?

ELENA.- Sí, sí, bien lejos de la chusma.

JUANA.- La segunda en las narices. (*Se sientan. Entran las que faltaban, SOFÍA y AZUCENA*)

SOFÍA.- (*Seca*) Buenas tardes.

BLASA.- (*A TELVA*) Cuidado, que ha llegado el ministro de la gobernación.

AZUCENA.- A ver si nos callamos un poco la boca, ¿eh? (*Se sientan también*) ¿Está a gusto, doña Sofía?

SOFÍA.- Huele un poco mal, pero es lo que pasa en los lugares con chusma.

ELENA.- ¿Lo veis? Ya os decía yo que olía mal por allí, y que había chusma.

SOFÍA.- En realidad huele mal en toda la sala.

ROSA.- Yo no huelo nada.

AZUCENA.- Tú no tienes el sentido "olorativo" tan desarrollado como Doña Sofía.
¿Abro una ventana, doña Sofía?

SOFÍA.- No, deja, que hay mucho ruido en la calle.

ROSA.- Yo no oigo nada.

AZUCENA.- Porque doña Sofía tiene el sentido "escuchativo" también muy desarrollado.

ROSA.- ¿Quiere un caramelo de eucalipto?

SOFÍA.- No como esas porquerías.

AZUCENA.- Es que doña Sofía tiene el sentido "saborativo" muy desarrollado.

JUANA.- Mejor le vendría tener el sentido común desarrollado.

AZUCENA.- ¿Qué dices, Juana?

SOFÍA.- Deja, Azucena. A palabras necias, oídos sordos.

ROSA.- ¿Pero no tenía el sentido "escuchativo" muy desarrollado?

PSICÓLOGA.- (*Entra con la ABOGADA*) Veo que han llegado todas, así que vamos a empezar la sesión.

JUANA.- (*Con sorna*) ¿Estaba bueno el café?

ABOGADA.- Si, gracias, Juana.

JUANA.- No hay de qué, mujer. A falta de probarlo una misma, por lo menos tener la información.

PSICÓLOGA.- (*Se sienta ella y la ABOGADA*) Como supongo que todas sabéis por lo que estáis aquí, no vamos a perder más el tiempo. Vamos a presentarnos.

ELENA.- La que no quiere perder el tiempo. Si aquí nos conocemos todas.

PSICÓLOGA.- Claro, entre vosotras sé que os conocéis, pero la que quiero conoceros soy yo. Quiero que una a una os levantéis, digáis cómo os llamáis, y me expliquéis someramente por qué os queréis separar. ¿Empezamos por ti?

ELENA.- ¿No puede empezar por otra?

PSICÓLOGA.- ¿Qué más da una que otra?

ELENA.- Es que no entendí eso de la "someramente".

ABOGADA.- Quiso decir de forma sucinta.

ELENA.- Ah, bueno, ahora sí que lo tengo mucho más claro.

PSICÓLOGA.- ¿Ya lo ha entendido?

ELENA.- No, ya tengo claro que está hablando en otro idioma.

ABOGADA.- La doctora quiere decir que sean breves, que vayan al grano.

ELENA.- Luego dicen que a los abogaos no los entiende nadie. Está bien. ¿Me pongo encima de la silla?

PSICÓLOGA.- No hace falta. Cuando quieras.

ELENA.- Buenos días, yo soy Elena.

RUFINA.- Hola, Elena... Ay, perdonad. Es que lo vi una vez en una película.

ABOGADA.- Eso es en las reuniones de alcoholicos.

ELENA.- ¿Me estás llamando borracha, Rufina?

RUFINA.- No, mujer.

JUANA.- Tampoco iría muy descaminada.

ELENA.- ¿A que te caliento a ti también?

PSICÓLOGA.- Vamos a calmarnos. No estamos aquí para reñir. Elena, dinos algo más de ti.

ELENA.- Tengo una hija, muy guapa y muy lista. Lástima que no escogiera bien el novio.

JUANA.- ¡Escucha! ¡Mejor no lo ha podido escoger! De hecho, mi hijo las tenía a montones, no sé cómo ha ido a parar con el adefesio con el que se tropezó. Aunque viendo a la madre, de tal palo, tal astilla.

ELENA.- ¿A quién llamas tu adefesio? Mi hija tenía a medio pueblo detrás de ella.

JUANA.- Para perseguirla con una vara, porque para otra cosa...

PSICÓLOGA.- Por favor... No nos desviemos. Elena, explica por qué te quieres separar.

ELENA.- Eso son cosas privadas, que luego todo se sabe.

ABOGADA.- Elena, estáis aquí para hablar de ello. Tanto la doctora como yo estamos amparadas por el secreto profesional

ELENA.- Ah, ¿que además hay otro profesional escuchando por ahí en secreto?

PSICÓLOGA.- Quiere decir que somos como curas. Lo que se hable no va a salir de aquí.

ELENA.- ¿Y todas estas?

SARA.- A ver, que todas sabemos de sobra por lo que estamos aquí.

PSICÓLOGA.- Puede estar tan segura como si estuviera confesando con el cura.

ELENA.- Está bien. Ave María Purísima.

PSICÓLOGA.- Sin pecado concebida... Perdón. Tampoco hace falta eso.

ELENA.- Perdone, la costumbre. Sin rodeos. Quiero separarme porque mi marido me ha puesto los cuernos.

PSICÓLOGA.- Ese es un buen motivo, desde luego. ¿Y está segura de eso?

ELENA.- Sin ninguna duda.

PSICÓLOGA.- Vamos a la siguiente. ¿Usted misma?

JUANA.- Yo misma. Soy Juana, y tengo la desgracia de ser la consuegra de la babosa que se acaba de presentar.

PSICÓLOGA.- Vamos a procurar no faltar, Juana.

JUANA.- ¿A quién he faltado? ¿A las babosas?

ELENA.- Sigue por ahí y lo que van a faltar son dos segundos para que te arree una morrada.

JUANA.- Como no te ayuden las otras a sujetarme, mal te vas a arrimar a mí.

PSICÓLOGA.- Por favor... Juana, ¿por qué te quieres separar?

JUANA.- Por lo mismo que esta.

PSICÓLOGA.- ¿Quieres separarte porque el marido de Elena le pone los cuernos?

JUANA.- No, señora. Quiero separarme porque el mío también me los pone a mí.

ELENA.- En este caso su marido tiene disculpa, porque aguantar a este adefesio en casa...

JUANA.- Es que para guapa ya estás tú, boba.

PSICÓLOGA.- Centrémonos en lo que estamos, y dejemos de reñir. Por cierto, tu cara me resulta conocida.

JUANA.- Tal vez se acuerde de mi porque pasó a nuestro lado de la que iban a tomar café.

ABOGADA.- Y la mirada que te echó era de las que traspasan.

JUANA.- En mi casa siempre me han enseñado que hay que ofrecer un café cuando viene alguna visita.

ABOGADA.- Ya me ha invitado. Gracias por preocuparte, Juana.

JUANA.- ¿Y estaba bueno?

ABOGADA.- Ya te he dicho que sí.

JUANA.- ¿Era de Colombia, de lo de Juan Valdés?

MATILDE.- ¡Ay, rediós! Te voy yo por uno a la cafetería de enfrente, pero cállate con el dichoso café.

JUANA.- Ya estás tardando.

PSICÓLOGA.- Ahora hemos comenzado la sesión. Más tarde haremos un alto y le doy un café, ¿conforme?

ROSA.- ¿Y para las demás?

ABOGADA.- Se te va a quedar pequeña la Melita.

PSICÓLOGA.- Sí, para todas. Pero ahora a lo que estamos. ¿Algún motivo más por el qué te quieres divorciar, Juana?

MATILDE.- Sería porque su marido no le daba café.

JUANA.- No te diera el tuyo a ti matarratas de vez en cuando.

PSICÓLOGA.- Juana...

JUANA.- No. Solo tengo ese motivo. Me quiero divorciar porque mi marido tiene una amante.

PSICÓLOGA.- ¿Estás segura?

JUANA.- Lo estoy. Más de una vez lo he visto que ha llegado manchado de pintura de labios, y una vez le encontré unas bragas en el bolsillo de la chaqueta.

ABOGADA.- ¿Y no podrían ser tuyas, o un regalo para ti?

JUANA.- Eran rojas y con puntilla. Yo soy muy decente, las mías son blancas y de felpa.

ABOGADA.- (Con un poco de asco) Tampoco hacían falta tantos detalles.

PSICÓLOGA.- Vale, vale. ¿Seguimos contigo? Levántate y preséntate.

MATILDE.- Si no le importa, me quedo sentada. Es que tengo mal la circulación y me salen "varicelas" de esas en las piernas. Soy Matilde, y me quiero divorciar porque mi marido me ha contagiado una enfermedad de esas de verano.

PSICÓLOGA.- ¿Cómo que de verano? ¿Un catarro?

MATILDE.- Me ha contagiado la diarrea.

PSICÓLOGA.- No entiendo...

JUANA.- La gonorrea, Matilde, te ha contagiado la gonorrea.

MATILDE.- Esa me parece que también. Y me ha dicho el doctor que esa era una enfermedad veraniega, y que sólo me la podía contagiar si había estado con otras mujeres.

ABOGADA.- Arrea, ¿tu marido tiene gonorrea?

MATILDE.- La "dianorrea" esa, si. ¿No es suficiente para divorciarse?

PSICÓLOGA.- Por lo que veo su pueblo tiene la tasa de infidelidad más alta de Asturias.

MATILDE.- ¡Ay, Dios! ¿La "fideguá" esa es contagiosa? ¿Hay que vacunarse?

JUANA.- Lo tuyo no se arregla con una vacuna.

PSICÓLOGA.- Continuemos. Tu misma.

ROSA.- Soy Rosa, y por cierto, Blasa, acuérdate que me debes sesenta pesetas. Es que nos han timado con el taxi, ¿no sabe? ¡Ciento veinte pesetas nos ha rascado! Si venimos en Alsa, ahorramos dinero.

ABOGADA.- Al grano, Rosa, que a la doctora no le importará mucho lo que ha costado el taxi o no.

ROSA.- Porque ella tendrá dinero para pagarlo, pero a mi bien que me ha costado lo mío. Y el dinero no está para tirarlo.

SARA.- Poco se caerá en tu casa. Debe de tenerlo atado al bolsillo, sale muy mal de él.

ROSA.- Hay que ahorrar.

SARA.- Hija, debes de tener ahorrada la primera peseta que te dieron cuando tu primera comunión.

PSICÓLOGA.- ¿Y por qué te quieres divorciar, Rosa?

ROSA.- Porque mi marido tiene una amante.

PSICÓLOGA.- ¡Otro más! Y claro, quieres divorciarte porque te pone los cuernos.

ROSA.- ¿Qué? No, no. Que me ponga los cuernos, a mi me importa muy poco. Lo que no llevo es que gaste los ahorros que tenemos con ella. ¡Eso sí que no!

PSICÓLOGA.- Seguimos contigo.

SARA.- Yo soy Sara, vivo enfrente de Rosa. La verdad es que nos vemos mucho.

ABOGADA.- Siendo vecinas, es normal.

SARA.- No, si es que día sí, día también, me está llamando a la puerta para pedirme sal, azúcar, patatas...

ROSA.- Mujer, por no ir hasta la tienda.

SARA.- Está a 10 metros de tu casa. No te vaya a dar un infarto por el esfuerzo de ir hasta allá.

ABOGADA.- Entre vecinas es normal pedirse cosas.

SARA.- Si, pero es que esta una vez vino a pedirme unas patatas para hacer una tortilla, y cuando le dije que no tenía, me espetó: "Pues dame un kilo de arroz, que lo guiso con un poco de chorizo. ¿Tendrás un chorizo por ahí?"

ROSA.- ¡Eso es mentira! No era un kilo, que le faltaba como una tacita. Y no lo guisé con chorizo, lo hice con dos huevos.

ROSA.- Ya lo sé. Los huevos te los di yo también.

PSICÓLOGA.- Cuéntanos por qué te quieres divorciar, Rosa.

ROSA.- Mi marido es muy protestón, me tiene hasta el moño.

PSICÓLOGA.- ¡Por fin algo diferente!

ROSA.- Todo el día de Dios protestando. Mire, no hace nada llegó a casa dando voces porque iban diez días seguidos que llevaba mortadela en el bocadillo del almuerzo.

ABOGADA.- Mujer, podrías haberle cambiado un poco el bocadillo.

SARA.- Pero, ¿qué me dice? ¡Si el bocadillo para ir a trabajar se lo hace él!

PSICÓLOGA.- Vamos entonces con otra...

SARA.- Espere, espere, que eso se lo he contado por ser un poco original, en realidad me separo porque mi marido me pone los cuernos.

PSICÓLOGA.- Pero, ¿qué pasa en ese pueblo? ¿Han puesto una casa de citas en él?

ABOGADA.- No, pero seguro que les saldría rentable, viendo lo visto.

PSICÓLOGA.- ¿Seguimos contigo?

BLASA.- Soy Blasa, y esta es mi hermana Telva.

PSICÓLOGA.- Ella ya se presenta después.

TELVA.- No se preocupe, que lo que diga mi hermana está dicho.

PSICÓLOGA.- Prefiero que cada una se presente a sí misma.

BLASA.- Lo dicho, soy Blasa, y esta es mi hermana, Telva. Es la única hermana que tengo.

TELVA.- Blasa también es la única hermana que tengo yo. Qué casualidad, ¿eh?

ABOGADA.- *(Aparte a la PSICÓLOGA)* Con estas dos un poco de paciencia, que van en bloque.

BLASA.- Vivimos en la misma casa, ella en el piso de abajo, y yo en el de arriba.

TELVA.- Como es la mayor, escogió primero. Pero los geranios que hay en el balcón son de las dos.

BLASA.- Menos el rosa, que ese es mío nada más.

TELVA.- Bueno, el que está en la esquina es mío solo.

BLASA.- En cambio, yo tengo unas petunias en el portal de ella.

TELVA.- Tenemos una casa muy florida.

PSICÓLOGA.- Me alegro, pero el asunto que nos trae aquí...

BLASA.- Ahora voy, doctora, que poca paciencia. Me quiero divorciar porque mi marido tiene una amante.

PSICÓLOGA.- ¡Qué sorpresa! Y seguro que tu, Telva, también te divorcias porque tu marido tiene otra amante.

TELVA.- Ah, no, no, no es por eso.

PSICÓLOGA.- Vaya, mira, casi me alegro de ver algo diferente. ¿Y tu entonces por qué te divorcias?

TELVA.- Mi marido no tiene "otra" amante, tiene la "misma" amante que mi cuñado.

PSICÓLOGA.- ¡Arrea! ¿Os engañan los dos con la misma?

BLASA.- Los hemos pillado una vez hablando de ella. Es la misma.

PSICÓLOGA.- También es casualidad. ¿Saben quién es?

TELVA.- Eso no hubo manera de sacárselo, porque callaron como ahogados cuando nos vieron, pero sabemos seguro que es la misma.

BLASA.- Así que nos vamos a divorciar las dos. Nos casamos el mismo día, y nos tenemos pensado divorciar también el mismo día.

PSICÓLOGA.- (A la ABOGADA) Hay que ver, si me hubieran dicho que sus maridos eran hermanos entre ellos, no me hubiera extrañado.

ABOGADA.- Que no te extrañe, porque son hermanos entre ellos. Gemelos, por más señas.

PSICÓLOGA.- ¿Por dónde íbamos...? ¿Te presentas tu?

RUFINA.- Soy Rufina, tengo cincuenta años y...

SARA.- Y los de a gatas, que tuvieron que ser muchos.

RUFINA.- Bueno, cincuenta y pico.

SARA.- El pico el del gallo, y luego los de a gatas.

RUFINA.- Soy de la quinta de Sara, somos de un tiempo.

ABOGADA.- ¿Y cuántos años tienes tu, Sara?

SARA.- Eh... Cincuenta y pico...

TODAS.- ¡Y los de a gatas!

PSICÓLOGA.- La edad no tiene importancia.

SARA.- ¿Que no la tiene? Si no fuera que nosotras tenemos... Cincuenta y pico, nuestros maridos no nos habrían cambiado por otra más joven.

PSICÓLOGA.- Vamos, que lo vuestro también es cosa de cuernos.

RUFINA.- Pues sí, señora. También nos ponen los cuernos. Comencé a sospechar cuando mi marido dejó de atender el huerto como Dios manda, porque siempre lo había tenido como el jardín de las delicias.

SARA.- Eso es cierto. Las cebollas de Rufina están más bonitas que las flores del parque de La Pola.

RUFINA.- Porque uso un abono bajo en hidrógeno que me ha recomendado mi hijo. Estudia para ingeniero agrónomo, ¿no sabe?

SARA.- Vamos, para trabajar en la huerta, pero con carrera.

RUFINA.- No seas ignorante. Mi hijo va a trabajar como poco en unos invernaderos.

SARA.- Hombre, eso ya es otra cosa. ¿Vas a comparar?

PSICÓLOGA.- Gracias, vamos con la siguiente. ¿Tu?

SARA.- Oiga, que todavía no me he presentado.

PSICÓLOGA.- Pero hemos escuchado...

SARA.- De eso nada. Aquí se presentan todas, así que yo también. Soy Sara. ¿Puedo también contar algo de mi marido?

PSICÓLOGA.- Por supuesto.

SARA.- Un día me dijo que mi voz le recordaba el mar.

ABOGADA.- Eso es una cosa muy bonita.

SARA.- No, porque me dijo que le recordaba el mar porque lo mareaba.

PSICÓLOGA.- No te separarás por eso...

SARA.- No, me separo porque mi marido me pone los cuernos. (*Se sienta*)

PSICÓLOGA.- ¿Ya?

SARA.- A ver, ¿no era decir por qué me quiero divorciar?

ABOGADA.- Si, mujer, pero tampoco hacía falta ser tan parca en palabras.

SARA.- No tengo más que decir.

RUFINA.- Puedes decir que no tienes hecha la KGB.

SARA.- Ir fui poco a la escuela, pero me parece que las hay que han ido menos.

RUFINA.- No lo dirás por mí. La maestra que tuve me dijo que era superdotada.

SARA.- Pero eso sería por lo grande que tienes la cabeza, no por lo que piensa.

RUFINA.- De eso nada, me hizo un ñtéò de inteligencia.

ABOGADA.- Test, Rufina.

RUFINA.- No, ñtesò no, solo uno, y salió que era superdotada.

SARA.- Superdotada debía ser la maestra que te hizo el ñtéò. ¿Qué era, verde o de lo normal?

RUFINA.- Lo que pasa que me tenéis ñendibiaò.

SARA.- Si, hija, la ensalada completa.

PSICÓLOGA.- No nos desviemos. Perdona, ¿me habías dicho que tu nombre era...?

RUFINA.- Rufina. Para servir a Dios y a usted.

SARA.- Como es superdotada puede servir a los dos a la vez.

RUFINA.- Sirviendo he estado muchos años en casa de Don Amancio.

SARA.- Lo que tiene el ser superdotada.

ABOGADA.- ¿Lo ayudabas con las cuentas?

RUFINA.- No, limpiando.

PSICÓLOGA.- Ahora tu.

AZUCENA.- ¡Haga el favor! A Doña Sofía, de usted.

PSICÓLOGA.- Disculpe, doña Sofía, solo pretendía ser un poco más cercana.

AZUCENA.- Pues no se acerque tanto, y quédese por debajo, donde tiene que estar.

PSICÓLOGA.- Cuando quiera, doña Sofía.

SOFÍA.- Mi nombre es Sofía Aurora Clara Clementina de Todos los Santos.

MATILDE.- ¡Hala! ¿Y entonces el santo cuando lo celebra? ¿Todos los días? Si es de todos los santos...

AZUCENA.- Calla, Matilde.

SOFÍA.- Los íntimos me llaman Sofía, y los demás, doña Sofía.

MATILDE.- Y entonces, ¿para qué quiere el resto los nombres?

AZUCENA.- Cállate un poco, Matilde.

SOFÍA.- Tengo la intención de divorciarme porque mi marido es un adúltero.

MATILDE.- ¿Ve? Y usted que decía que eran todos asuntos de cuernos. Lo de doña Sofía es porque su marido es un adúltero.

JUANA.- Es lo mismo, Matilde.

MATILDE.- Ah, coimes, pensaba que era como lo del aceite ese que está adulterado. ¿Entonces es que el aceite tiene cuernos?

PSICÓLOGA.- ¿Algo más, doña Sofía?

SOFÍA.- No, ¿puedo sentarme?

PSICÓLOGA.- Faltaría más. Ahora usted.

AZUCENA.- No, a mi puede tratarme de tu, que no soy de la importancia de doña Sofía. Soy Azucena. Mi marido también es un adúltero de esos.

MATILDE.- Adúltero será el de doña Sofía. El tuyo, como el mío, un cabronazo que nos pone los cuernos.

ABOGADA.- No he oído nunca una explicación mejor de lo que es un adúltero.

PSICÓLOGA.- Creo que estamos todas. Ahora empiezo a entender un poco más por qué el juez dio traslado aquí a este asunto. Si no tengo mal las notas estáis aquí todas las vecinas que hay ahora mismo en el pueblo.

ABOGADA.- Las casadas.

PSICÓLOGA.- Y todas queréis divorciaros de vuestro marido porque os está siendo infiel.

MATILDE.- No, porque nos están poniendo los cuernos, y a doña Sofía porque la están adulterando.

AZUCENA.- Calla, o vas a acabar con un zapato metido en la boca.

PSICÓLOGA.- Estoy muy sorprendida. ¿Estáis todas completamente seguras de que os están siendo infieles? *(Nadie contesta)* O sea, que os ponen los cuernos. *(Asienten todas)*

ABOGADA.- Ya te he dicho que era un caso muy interesante.

PSICÓLOGA.- ¿Os parece que hagamos una pausita para ordenar las ideas?

ABOGADA.- Pero, ¿qué quieres ordenar? Están todas en la carpeta C de cuernos.

PSICÓLOGA.- Vamos a hacer un descanso, y luego seguimos.

JUANA.- Pero el "descanso" esta vez a ver si lo disfrutamos todas. A mí me gusta más el "descanso" con leche. Y si hay pastitas...

PSICÓLOGA.- Sí, sí. Voy a por unas tazas y el café. *(A la ABOGADA)* ¿Me ayudas?

ABOGADA.- Vamos. *(Sale con la PSICÓLOGA. Nada más salir, toda las mujeres se levantan y hacen corros, donde hablarán entre ellas. Después de un rato, entrará la ABOGADA con unos cafés, que servirá entre las mujeres, donde unas tomarán, y otras no, a criterio del director. Deja la bandeja después de servir en una mesita por allí para que puedan posar las tazas y lo que sea después de tomarlo)*

BLASA.- *(En un grupo con TELVA, SARA y RUFINA)* Rufina, ¿no estabas a régimen?

RUFINA.- Se me nota, ¿eh?

BLASA.- No, te lo decía porque me parecía que habías engordado un poco.

RUFINA.- Calla. Llevo a régimen lo menos seis meses.

TELVA.- Alguna vez lo saltarás entonces.

RUFINA.- Ni una vez. Y un régimen puesto por el médico, ¿eh? Porque ya había probado otros regímenes y nada, hija.

SARA.- ¿No habías hecho el del camelo?

RUFINA.- El del pomelo, aunque la verdad es que sí que fue un camelo. En una semana adelgacé 200 gramos, y nada más que lo dejé, engordé seis quilos.

SARA.- Eso es el efecto rebote.

RUFINA.- ¡Rebote el que cogí yo! Y con el de la alcachofa, otro tal. Bajé medio quilo y después engordé casi cuatro. Para mí que la alcachofa estaba rellena de chocolate. Así que he ido al médico y me ha puesto a un régimen en condiciones.

BLASA.- ¿Y cuánto has perdido?

RUFINA.- De momento dos mil pesetas, que fue lo que me ha cobrado el médico.

BLASA.- De peso, mujer.